

y atravesando los siglos sin otras vicisitudes que las que provienen de las circunstancias exteriores. Ahora bien; si la crítica moderna nos ha revelado alguna cosa, es que en la infinita variedad de los tiempos y de los lugares, no hay nada bastante estable para que la mirada pueda tan fijamente contemplarlo, y que la historia del humano espíritu, para ser sincera, debe ofrecer el cuadro de una eterna movilidad.

### III

En presencia de tan rico monumento de estudio, el método de M. Guigniaut estaba completamente trazado. El sabio académico hubiera podido añadir un sistema más á los que Alemania había creado; prefirió colocarse fuera de las hipótesis y reservarse la tarea más delicada de discutirlos, no con el propósito de una reputación mezquina, sino con la intención de una elevada imparcialidad y de inteligente conciliación. No hizo en esto más que seguir la línea impuesta á los talentos serios de Francia en el siglo XIX. El carácter del siglo XIX es la crítica. Que los sistemas hayan sido en otro tiempo útiles y necesarios, que un gran desenvolvimiento de ideas en un sentido dado no se produjera de ordinario más que por la lucha de escuelas rivales, la historia está ahí para probarlo; pero el espectáculo del espíritu humano en nuestros días establece de manera no menos evidente que el tiempo de los sistemas ha pasado, no teniendo ya los maestros autoridad suficiente para formar escuela, ni los alumnos bastante docilidad para aceptar una dirección exclusiva. El eclecticismo es, en este sen-

tido, el método obligado de nuestro siglo y de Francia en particular. El temperamento intelectual no es más que un medio entre cualidades opuestas, un compromiso entre los extremos, algo claro, sencillo, templado. No nos dolamos de ello, pues es tal vez y después de toda la combinación de las facultades del espíritu, á la cual es dado apreciar mas de cerca la verdad. Las escuelas son en la ciencia lo que los partidos son en política: cada uno tiene razón á su vez, y es imposible al hombre ilustrado encerrarse en uno de ellos bastante exclusivamente para cerrar los ojos á lo que los otros contienen de razonable.

M. Guigniaut ha creído deber dirigir principalmente los esfuerzos de su crítica hacia las cuestiones relativas al culto y á los misterios. Estas cuestiones son, bajo cierto aspecto, mucho más importantes que las que á los mitos conciernen. La parte exclusivamente mítica de las religiones antiguas no tenía para la antigüedad nada de dogmática ni de definido. El mito mismo no es presentado jamás exactamente de la misma manera por dos autores; cada uno conservaba á este respecto la libertad de bordar á su antojo, y desde muy temprano los mitos no fueron mas que temas románticos que el artista tallaba y ajustaba según su gusto. Al contrario, los misterios parecen haber sido la parte realmente seria de las religiones antiguas.

¿Qué eran, pues, esos misterios en rededor de los que la imaginación, el espíritu de sistema y la falsa erudición se han complacido en acumular nubes? ¿Qué eran en particular esas *Eleusinas* acerca de cuya majestad y santidad los antiguos sólo tenían un parecer?

En nuestros días no es ya permitida la duda acerca de este asunto; casi tan bien como un inicia-



do podemos describir las escenas de lo que Clemente de Alejandría llama *el drama místico de Eleusis*. Recordemos ante todo que el nombre de *misterio* ha sido tomado por la Iglesia del lenguaje pagano, y no hemos de recurrir para explicar su sentido original al empleo que de él ha hecho la Iglesia; no temamos tampoco incurrir en un anacronismo pensando en los *misterios* de la Edad Media. Representémonos el misterio cristiano primitivo, el prototipo de la misa: ¿qué encontramos en él? Un gran acto simbólico, acompañado de ceremonias significativas. Tomemos el culto cristiano en época más avanzada de su desarrollo; sigamos las ceremonias de la semana santa en una catedral de la Edad Media; ¿qué es lo que aun allí vemos? Un drama místico, ritos conmemorativos de un hecho histórico ó considerado como tal, alternativas de alegría y de dolor continuados durante varios días, un simbolismo complicado, una imitación de los hechos que se trata de recordar, á menudo hasta de representaciones escénicas más ó menos directas, en las que el relato divino se hace sensible á los ojos de los espectadores.

Aparte de la inmensa superioridad del dogma cristiano, aparte del espíritu de alta moralidad que respira su leyenda y al cual nada de la antigüedad podría ser comparado, tal vez, si nos fuera dado asistir á un misterio antiguo, no veríamos otra cosa en él: espectáculos simbólicos en que el personaje era actor y espectador á la vez; un conjunto de representaciones calcadas sobre una fábula piadosa y casi siempre relativa, al paso de un dios sobre la tierra, á su pasión, á su descenso á los infiernos, á su retorno á la vida. Unas veces era la muerte de Adonis, otras la mutilación de Attis, otras la muerte de Zagreus ó de Sabazius. Una leyenda sobre

todo se prestó maravillosamente á las representaciones conmemorativas; fué la de Ceres y Proserpina. Todas las circunstancias de este mito, todos los incidentes de la busca de Proserpina por su madre, dieron lugar á un simbolismo pintoresco, que cautivó poderosamente la imaginación. Se imitaba los actos de la diosa, se mantenía los sentimientos de alegría ó de dolor que habían debido sucesivamente animarla. Era primeramente una larga procesión entremezclada de escenas burlescas, de purificaciones, de veladas, de ayunos seguidos de regocijos, de carreras nocturnas á la luz de las antorchas representando las pesquisas de la madre, de vueltas por las tinieblas, de terrores, de ansiedades; después, de repente, espléndidas claridades. Las propeleas del templo se abrían; los *mystes* (iniciados) eran recibidos en lugares de delicias, donde escuchaban voces. Cambios de vista producidos por artificios teatrales, aumentaban la ilusión; los recitados (tenemos el tipo en el himno homérico á Ceres) interrumpían de tanto en tanto el cielo de las representaciones. Cada jornada tenía su nombre, sus ejercicios, sus juegos, sus estaciones que los *mystes* ejecutaban. Un día era una guerra ó *lithobolia*, en la que se atacaban á pedradas; otro se rendía homenaje á la *Mater Dolorosa* (*Da-Mater achæa*), probablemente una estatua representando á Ceres *addolorata*, una verdadera *Pietá*. Otro día se bebía el *cycéon*; se imitaba las chanzas por las cuales la vieja Iainbé logró alegrar á la diosa; se hacían procesiones á los lugares vecinos de Eleusis, á la higuera sagrada, al mar; se comía determinados manjares; se practicaban ritos místicos, cuyo sentido casi siempre quedaba oculto para aquellos que los realizaban. Mezclábase á todo ceremonias orgiásticas, danzas, fiestas nocturnas con instrumentos sim-



bólicos. Al regreso se daba rienda suelta á la alegría; lo burlesco recuperaba su plaza en los géphyrismos ó *farsas del puente*. En cuanto los iniciados habían llegado al puente de Céfiso, los habitantes de los lugares vecinos que habían acudido de todas partes para ver la procesión, prorrumpían en sarcismos y en bromas licenciosas contra la comitiva santa, que contestaba á ellas con idéntica libertad. No cabe dudar que no se mezclase á todo aquello escenas cómicas y grotescas, especie de mascaradas cuya influencia sobre los primeros bocetos del arte dramático se deja entrever. Ceremonias que encerraban un simbolismo tan vago bajo un realismo tan grosero, tenían para los antiguos grandísimo encanto y dejaban una profunda impresión; ellas reunían lo que al hombre le agrada más en las obras de imaginación, una forma muy determinada y un sentido poco concreto. Su voga dependía en gran parte de la manera como eran ejecutadas, y gracias á su magnificencia excepcional los misterios de Eleusis borraron todos los otros y excitaron la envidia del mundo entero.

Tales eran, pues, los misterios. No se puede decir que fueran completamente místicos en la acepción que adopta M. Creuzer, ni por completo vacíos de sentido, como quiere M. Lobeck. No hay que buscar en ellos ni una revelación superior ni una elevada enseñanza moral, ni una profunda filosofía. El símbolo era el propio fin de sí mismo. ¿Se creería que las mujeres que celebraban las Adonias pensaban mucho en el sentido misterioso de los actos que realizaban? ¿Está todo explicado cuando se ha dicho que Adonis es el sol recorriendo durante seis meses los signos superiores del Zodíaco y durante otros seis los inferiores, que el jabalí que le hace perecer es el invierno; que él mismo es, por

otra parte, la vegetación anual con sus diversos períodos de florescencia y de muerte, etc? Hay que dudar de que estas consideraciones abstractas hubiesen tenido para las mujeres griegas tantos encantos. ¿Qué es, pues, lo que las hacía correr en tropel para llorar á Adonis? El deseo de llorar á un dios joven demasiado pronto desaparecido, de contemplarle sobre su lecho fúnebre, muerto en flor, con la cabeza lánguidamente inclinada, rodeado de naranjos y de plantas de una vegetación precoz que se veía brotar y morir, de amortajarle con sus manos, de cortarse los cabellos sobre su tumba, de entristecerse y regocijarse alternativamente, de saborear, en una palabra, todas las impresiones de alegrías efímeras y de tristes vicisitudes agrupadas alrededor del mito de Adonis.

Así, lejos de que el culto fuese siempre la consecuencia de una leyenda mística aceptada como dogma, era bien frecuentemente el mito el que se subordinaba á los instintos de la multitud y ofrecía un pretexto para él. Por otra parte hay que recordar que la palabra *fe* no ha adquirido sentido sino desde el cristianismo, y que en las cuestiones de simbólica religiosa es casi indiferente para el pueblo comprender ó no comprender. La impresión resulta del conjunto y no de la inteligencia de cada particularidad. Se siguen con placer estos dramas que hablan á la vista, sin preocuparse de su sentido metafísico, todo en ellos es significativo, es verdad, pero no directamente. Entre los aldeanos que asisten á una misa de mediana noche, ¿cuántos hay que piensen en el misterio de la Encarnación? «Aristóteles —dice Synésins— opina que los iniciados nada aprendían precisamente, pero que recibían impresiones, que se ponían en una determinada disposición de alma.» La enseñanza de los misterios, era,



pues, una especie de enseñanza indirecta, análoga á la que recibe un hombre sencillo cuando asiste á los oficios sin saber el latín ni penetrar el sentido de todo lo que ve. Era aquello algo como un sacramento obrando por su propia virtud, una prenda de salvación conferida por signos sensibles y fórmulas consagradas. El bautismo, en los primeros siglos de la Iglesia, aunque abiertos para todos, conservaba no obstante los caracteres de una iniciación. M. Lobeck, por lo demás, ha patentizado muy bien que las condiciones impuestas á los iniciados eran de tal modo vagas é ilusorias, que los misterios no tenían ya ni privilegio ni secreto. Era una verdadera mescolanza. Para ser admitido, bastaba ser ateniense ó tener un padrino en Atenas. Más tarde se abrió las puertas de par en par, y cuantos podían hacer el viaje eran iniciados.

Sin exagerar el lado moral y filosófico de los misterios en el que, preciso es confesarlo, no se pensaba mucho, sin detenerse tampoco en lo que esas prácticas tendrían para nosotros de insignificante y de insulso, no se puede negar que hayan contribuido poderosamente á mantener la tradición religiosa y moral de la humanidad. «Largo tiempo, dice M. Guigniaut, los misterios tranquilizaron las almas por augustas ceremonias que revelaban el destino del hombre en la historia transparente de las grandes diosas de la iniciación, y que le hacían digno, purificándole, de vivir bajo su imperio y de compartir su inmortalidad...» Es cierto que los misterios de Eleusis en particular ejercieron influencia moral y religiosa, que consolaron la vida presente, enseñaron á su manera la vida futura, que prometieron en ella recompensar á los iniciados, con ciertas condiciones, no sólo de pureza y de piedad, si que también de justicia, y que, si no enseñaron

igualmente el monoteísmo, lo cual hubiera sido la negación del paganismo, á lo menos se aproximaron tanto á ello como al paganismo le era permitido hacerlo. Ellos conservaron, alimentaron en las almas, á título mismo de misterio, de culto depurado de la naturaleza, el sentimiento del infinito, de Dios después de todo, que residía en el fondo de la creencia popular, pero que el antropomorfismo mitológico tendía á borrar incesantemente.»

Por otro título, sin embargo, me refiero por haber servido de transición entre el paganismo y la religión más santa que la ha reemplazado, es por lo que los misterios son, sobre todo, dignos de llamar la atención del filósofo y del crítico. Investigaciones profundas mostrarían que casi todo lo que en el cristianismo no revela el Evangelio no es más que el bagaje importado de los misterios del paganismo en el campo enemigo. El culto cristiano primitivo no era más que un *misterio*. Toda la policía interior de la Iglesia, los grados de iniciación, la prescripción del silencio, una multitud de particularidades del lenguaje eclesiástico, no tienen otro origen. La revolución que destruyó el paganismo parece á primera vista una brusca ruptura, profunda, absoluta con el pasado, y lo fué, en efecto, si se considera la inflexibilidad dogmática y el espíritu de severa moralidad que caracterizaba la religión nueva; pero bajo el aspecto del culto y de los hábitos exteriores, el cambio se operó por una pendiente insensible, y la fe popular salvó del naufragio sus símbolos más familiares. El cristianismo ocasionó ante todo tan poco cambio en las costumbres de la vida íntima y de la vida social, que para una multitud de hombres considerables del IV y del V siglo, permanece incierto si fueron paganos ó cristianos; algunos parecen haber seguido una línea indecisa entre los



dos cultos. Por su lado, el arte, que constituía parte esencial de la religión antigua, no tuvo que romper con ninguna de sus tradiciones. El arte cristiano primitivo no es realmente más que el arte pagano en decadencia ó tomado en sus regiones inferiores. El buen pastor de las catacumbas de Roma, copiado de Aristeo ó del Apolo Nomios, que figuraban en la misma actitud sobre los sarcófagos paganos, lleva aún la flauta de Pan en medio de las cuatro Estaciones casi desnudas. Sobre las tumbas cristianas del cementerio de San Calixto, Orfeo encanta á los animales; más allá el Cristo en Júpiter Plutón, María en Proserpina, reciben las almas que les lleva á presencia de las tres Parcas, Mercurio con su casco y llevando en la mano al caduceo. Pegaso, símbolo de la apoteosis, Psiquis, símbolo del alma inmortal, el cielo personificado por un viejo, el río Jordán, la Victoria, figuran sobre multitud de monumentos cristianos. ¿Quién ha podido ver sin emoción esas iglesias de Roma formadas con los despojos de templos antiguos como los centones de Proba Falconia con versos de Virgilio? Así procede la humanidad: reuniendo viejos fragmentos triturados, reducidos á polvo, construye un nuevo edificio lleno de originalidad; para ella el espíritu lo es todo, los materiales son poca cosa.

Es, pues, preciso considerar el *misterio* como una gran transformación que sufrieron las religiones de la antigüedad en el momento en que, no pudiendo las infantiles imaginaciones de las primeras edades satisfacer las necesidades nuevas de la conciencia, deseó el humano espíritu una religión más dogmática y más seria. El politeísmo primitivo, vago, indeciso, entregado á la interpretación individual no bastaba á una época reflexiva. La incredulidad epicúrea por una parte, daba pronto cuen-

ta de aquellas inocentes divinidades; de otra parte sentimientos religiosos más elevados y más delicados se abrían paso á expensas de la antigua sencillez. Las aspiraciones al monoteísmo y á una religión moral, aspiraciones de que el cristianismo era la más elevada expresión, predominaban en todos sentidos: el mismo paganismo no podía sustraerse á ellas. No admiro sino medianamente, lo confieso, la tentativa de lo que á Juliano incumbe la responsabilidad á los ojos de la historia. Tanto cuanto la mitología primitiva me parece agradable y bella en su sencillez, tanto en *neopaganismo*, esa religión de arqueólogos y sofistas, era tonta é insignificante. El sentido de la belleza que constituía el fondo de la religión helénica, parece perderse. Los monstruosos dioses de Oriente, concebidos fuera de toda proporción, reemplazan las armoniosas creaciones de Grecia. Un *Deus magnus Pantheus*, dios oculto y sin nombre, amenaza invadido todo; el oculto acaba en el sangriento tauríbolo, el sentimiento religioso se refugia en las escenas del matadero. Se recurre á la sangre para apaciguar á los irritados y celosos dioses: profundo terror parece dictar los votos todos que por las inscripciones nos han sido transmitidos. En medio de todo esto, es imposible fundar una enseñanza moral que, de cerca ó de lejos, se parezca á la homilía cristiana.

Por no haber apreciado la religión antigua sino en este momento de decadencia, es por lo que, en general, se la ha tan desfavorablemente juzgado. Preciso es confesar que en la época de Constantino ó de Juliano, el paganismo era una religión bastante mediana, y que las tentativas que se hicieron para reformarla no dieron resultado satisfactorio. No obstante, la crítica no podría adoptar sin restricción la sentencia que contra el antiguo culto se



pronunció. Si acepta el fondo del juicio no puede más que reclamar respecto de la parcialidad de los considerandos. La polémica bajo la cual sucumbió el paganismo fué aplastante, violenta, de mala fe, como todas las polémicas. ¡Cosa extraña! Nada se parece tanto al ataque con el cual el siglo XVIII creyó acabar con el cristianismo. Ningún dogma hubiera resistido tales asaltos. Leed el *Persiflaje* de Herulfas, los escritos de Tatiano y de Athenágoras contra el paganismo; se creería escuchar á Voltaire divirtiendo á sus lectores á expensas de las ingenuidades de la Biblia. Los controversistas, en general, no procurando sino encontrar á su adversario en falta ceden demasiado á menudo á la tentación de presentar como ridícula la doctrina que combaten para darse la satisfacción de descubrir el absurdo que en ella han puesto; procedimiento cómodo, pues no hay nada que no pueda ser tomado por el lado ridículo, pero procedimiento peligroso, pues se vuelve infaliblemente contra los que lo empleen. Algunos Padres de la Iglesia usaron de él con espantosa prodigalidad. La mayor parte de ellos, valiéndose del sistema evhemerista, hicieron un arma contra el paganismo del paganismo mal interpretado; atacaron cuerpo á cuerpo á los dioses enjendrados en la fantasía y triunfaron en aquel fácil combate contra las sombras. Otros abrazaron un sistema aun más grosero, la hipótesis demonologista: los dioses no fueron más que demonios; demonios fueron los que rindieron á los oráculos. «Los demonios, dice Tertuliano, ocupan el lugar de los dioses; se introducen en las estatuas, aspiran el incienso, beben la sangre de las víctimas.» Otros, en fin, dando valerosamente la mano á Lucrecio y á Epicureo, declaran que los mitos no eran más que trívulos cuentos, por el capricho inventados, sin objeto ni significa-

ción. De todos modos, es notable (y esta ingeniosa observación no se le ha escapado á Mr. Creuzer) que los padres nacidos en Oriente, á menudo educados en el respecto al paganismo ó en las escuelas de filosofía, guardaran algo del sentimiento delicado de Grecia. Esta obra de demolición por la calumnia y el contrasentido les hirió hondamente, y ellos se mostraron casi tan severos contra Evhémerre como los mismos paganos honrados. Orígenes y San Gregorio Nazianzeno, por ejemplo, aprecian con frecuencia el paganismo con una imparcialidad digna de nota, y adivinan en algunos puntos las conclusiones más delicadas de la crítica moderna.

Se puede creer ciertamente que varios de los reproches dirigidos por los Padres de la Iglesia al paganismo, y en particular á los misterios, no carecían de fundamento; pero ¿era equitativo no tomar así el paganismo más que en sus regiones bajas, en su interpretación popular? Las ideas religiosas más elevadas, en manos de los pueblos sensuales, degeneran forzosamente en sensualismo y en superstición. Es como si se juzgase el catolicismo por lo que se tiene á la vista en Nápoles ó en Loreto. El cuadro de las *Themosporias* y de las *Adonias*, tal como lo encontramos en Aristófanes y en Teócrito, nada de bien inmoral presenta, sino solamenté algo de ligero y de bastante poco serio. La embriaguez es el más grande de los abusos que en él se señala; pero quien viese en ciertas horas un *pardon* de la piadosa Bretaña, podría fácilmente creer que el beber es el principal objeto de la reunión. Las fiestas de los mártires de la Iglesia primitiva daban lugar á escenas igualmente tan poco edificantes, contra las que los Padres se levantan con energía. En cuanto á los símbolos adoptados por el paganismo, y que aparecían á nuestros ojos como groseramen-



te obscenos, es preciso decir con M. Creuzer: «De lo que el hombre civilizado oculta con pudor y resguarda cuidadosamente de las miradas, el hombre sencillo y recto de la naturaleza había hecho, de nombre y de figura, un símbolo religioso consagrado por el culto público. Con la fe que Dios pone en la naturaleza, con las costumbres más libres de los pueblos meridionales, especialmente de los Griegos, todas esas distinciones de decente ó de indecente, de digno ó indigno de la divina majestad, no se podían dejar sentir. De ahí proviene que esos pueblos, con una inocencia que fué extraña á los Romanos del tiempo del imperio, así como á la Europa moderna, admitieran en sus religiones estas leyendas sagradas que nosotros encontramos escandalosas, estos emblemas que tachamos de obscenidad.» Preciso es creer, en efecto, que tales emblemas evocaban en los antiguos ideas completamente diferentes de las que á nosotros nos inspiran, puesto que no excitaban en ellos más que sentimientos de santidad y de religioso respeto. ¿Qué de más repulsivo, según nuestros polutos, que encontrar en cada callejón ó en el ángulo de los caminos un guardacantón obsceno? Y sin embargo, esto maravillaba tan poco á los antiguos, que vemos á Hiparco hacer grabar sobre los Hermes sentencias morales para edificación de los transeuntes.

Otro tanto es menester decir del ridículo, que ocupaba tan gran espacio en el paganismo helénico. Debiendo representar las religiones de la manera más completa todas las fases del espíritu humano, y siendo lo burlesco uno de los aspectos bajo los cuales concebimos la vida, lo burlesco es un elemento esencial de todas las religiones. Ved las épocas y los países religiosos por excelencia, la

Edad Media, Italia, España: ¡qué irreverencial ¡qué diluvio de romances sobre la Virgen, los santos, Dios mismo! Los que han visto de cerca el culto italiano, saben cuán indeterminado es el límite que separa lo serio de lo cómico, y por qué insensible transición la devoción confina en él con la burla. Nos maravillamos de ver sobre los monumentos de la grave Etruria las escenas más respetables puestas en caricatura; no comprendemos cómo el pueblo que condenaba á Sócrates por una sospecha de impiedad, dejase á Aristófanes poner estribos á Baco en la escena y transformar á Hércules en marmitón. Los pueblos meridionales, más familiares con los dioses que los pueblos reflexivos del Norte, experimentan de cuando en cuando la necesidad de reír con ellos. La familiaridad de los Napolitanos con San *Janvier*, nada tiene que deba sorprendernos: hace mil ochocientos años, las gentes de Pompeya, cuando querían obtener alguna cosa de sus dioses, estipulaban las condiciones por escrito, y, para mayor eficacia, les amenazaban con apalearlos (1).

El monoteísmo se ha hecho elemento tan esencial de nuestra constitución intelectual, que todos nuestros esfuerzos para comprender el politeísmo de la antigüedad, serían poco menos que inútiles. Llegado á cierto grado de su desenvolvimiento, el espíritu humano se torna necesariamente monoteísta; pero esta concepción de la divinidad no se encuentra igualmente en la cuna de todas las razas. Las hay monoteístas, como las hay politeístas, y esta diferencia depende de una diversidad original

(1) Persona que me merece crédito completo, asegura haber visto en una aldea de Galicia como apaleaban un Cristo llevado en procesión implorando el beneficio de la lluvia.

Las prostitutas de algunas poblaciones andaluzas, cuando va mal su negocio, zambullen en el pozo la imagen de San Antonio, y no la sacan hasta haber recibido la visita del primer parroquiano.—N. del T.



en la manera de considerar la naturaleza. En la concepción árabe ó semítica, la naturaleza no vive. El desierto es monoteísta. Sublime en su inmensa uniformidad, revela desde el primer día la idea del infinito, pero no ese sentimiento de fecunda actividad que una naturaleza incesantemente creadora ha inspirado á la raza indo-europea. He aquí por qué Arabia ha sido siempre el baluarte del monoteísmo. La naturaleza no juega papel alguno en las religiones semíticas: son todas de la cabeza, completamente metafísicas y psicológicas. La extrema sencillez del espíritu semítico, sin extensión, sin diversidad, sin artes plásticas, sin filosofía, sin mitología, sin vida política, sin progreso, no tiene otra causa: no hay variedad en el monoteísmo. Exclusivamente impresionados por la unidad de gobierno que resplandece en el mundo, los Semitas no han visto en el desarrollo de las cosas más que el cumplimiento de la voluntad de un ser superior. Dios existe, Dios ha hecho el cielo y la tierra: he aquí toda su filosofía. No es esa la concepción de esa otra raza destinada á agotar todas las fases de la vida, que de la India á la Grecia, de la Grecia á las extremidades del Norte y del Occidente, por todas partes, ha animado y divinizado la naturaleza, desde la estatua viviente de Homero, hasta el bajel viviente de los Scandinavos. Para ella la distinción de Dios y del no Dios ha quedado siempre indecisa. Adheridos al mundo, sus dioses debían compartir sus vicisitudes: tuvieron historia, generaciones sucesivas, dinastías, combates, Júpiter es ahora el rey de los dioses y de los hombres, pero su reino no será más eterno que el de Cronos; Prometeo encadenado ha predicho que su arte será menos fuerte que el Tiempo, y que un día deberá ceder á la Necesidad.

La religión de la antigüedad estaba como la sociedad antigua, fundada sobre la exclusión: era una religión liberal y nacional; no estaba hecha ni para el esclavo ni para el extranjero. La primera condición exigida para la admisión á los misterios, era declarar no ser bárbaro. La antigua Grecia se había mostrado aún mucho más exclusiva. Allí cada promontorio, cada riachuelo, cada pueblo, cada montaña, tenía su leyenda. El culto de la mujer no era el del hombre, el culto del hombre de mar no era el del agricultor; el de éste no era el del guerrero. Hércules y los Dioscuros, para tomar parte en las Eleusinas, fueron obligados á hacerse adoptar por los Atenienses. Roma prepara la gran idea de *catolicidad*: todos los dioses se hicieron comunes á todos los pueblos civilizados; pero el bárbaro y el esclavo eran aun heridos de incapacidad religiosa, y fué una singular novedad aquella de San Pablo cuando se atrevió á decir: «Ya no hay ni Judío ni Griego, no hay esclavo ni señor, no hay ya hombre ni mujer, pues vosotros todos no sois más que una sola cosa en Jesucristo.»

Sería violentar nuestra asociación de ideas más determinadas no ver en esto un progreso; pero la igualdad se compra siempre cara, y se concibe que el partido conservador del IV y del V siglo, compuesto de hombres bien educados y afiliados á las tradiciones del pasado, repitiera sin cesar: «¡Oh, cuán felices eran nuestros padres! ¡Oh, cuán favorecidos fueron por el tiempo!» La gran vida liberal de las hermosas épocas de la antigüedad, se hizo imposible, el día (bendito sea, no obstante) en que el esclavo fué mirado como un ser religioso y capaz de mérito. Los dioses del Olimpo eran sólo para el hombre libre; ni un pliegue en su frente, ni un rayo de tristeza; la naturaleza humana siempre to-



mada en su nobleza; ni mención del dolor. Pues bien, los que sufren, quieren que sus dioses sufran con ellos, y he aquí por qué, mientras haya dolores en el mundo, el cristianismo tendrá razón de ser. Tal es el secreto de la divina paradoja. ¡Bienaventurados los que lloran!

Lejos de mí el pensamiento de intentar aquí uno de esos paralelos en lo que se está obligado á ser injusto para el pasado si no se quiere ser injurioso para con el presente. El paganismo, mejor comprendido, gracias á ese vasto conjunto de trabajos en que Francia y Alemania han combinado tan felizmente sus esfuerzos, no debe ser en nuestras manos ni un arma entregada á la polémica, ni un simple alimento ofrecido á la curiosidad. Lo que para un espíritu elevado resulta del espectáculo de tan largas aberraciones, no es ni el desdén ni la compasión; es la convicción de un gran hecho: la humanidad religiosa y la forma obligada de toda religión es el simbolismo. Que el símbolo sea por naturaleza insuficiente y se vea condenado á quedar muy por debajo de la idea que representa; que la tendencia á definir lo infinito y mostrarlo á los ojos implique imposibilidad, esto es demasiado claro para que haya mérito alguno en decirlo. Toda expresión es un límite, y el solo lenguaje que no sea indigno de las cosas divinas es el silencio. Pero la naturaleza humana no se resigna á ello. Si el hombre reflexiona en presencia del misterio de la existencia suprema, llega á su pesar á plantearse esta cuestión: ¿No sería mejor abandonar las figuras y renunciar á expresar lo inefable? Es cierto que la humanidad entregada á sus instintos no se ha detenido en semejante escrúpulo; ha preferido hablar imperfectamente de Dios á callarse; ha preferido trazarse un mapa fantástico del mundo divi-

no á resistir al invencible encanto que le arrastra hacia las regiones invisibles.

Así, el inmenso trabajo cuya historia hemos ensayado trazar, llega á una conclusión á la vez consoladora y religiosa; pues si el hombre, por un esfuerzo espontáneo, aspira á comprender la causa infinita y se obstina en rebasar la naturaleza, ¿no es esto un gran signo de que por su origen y su destino sale del estrecho límite de las cosas finitas? En vista de estos esfuerzos sin cesar renovados para escalar el cielo, se toma estimación á la naturaleza humana, se persuade uno de que esta naturaleza es noble y de que hay motivo para estar orgulloso de ella. Entonces también se tranquiliza uno contra las amenazas del porvenir. Podrá ser que todo lo que amamos, todo lo que á nuestros ojos constituye el adorno de la vida, la cultura liberal del espíritu, la ciencia, el gran arte, estén destinados á no durar más que una edad, pero la religión no morirá. Ella será la eterna protesta del espíritu contra el materialismo sistemático ó brutal que quisiera aprisionar al hombre en la región inferior de la vida vulgar. La civilización tiene intermitencias, pero la religión no.